

Estados nacionales y resistencia anti-imperial en América Latina¹

Enrique Ayala Mora

La cuestión

Por años, en América Latina, como en otras latitudes, los críticos radicales del sistema se prepararon activamente para demoler el estado que las clases dominantes habían establecido y desarrollado a lo largo de la historia. Una lectura del marxismo muy generalizada por largo tiempo ha considerado que la revolución reemplaza el estado de la burguesía por el del proletariado y sus aliados. Una de las funciones del estado burgués es dividir a los trabajadores, cuyos intereses de clase son los mismos de un país a otro. De esta manera, el “nacionalismo” se concibe, de entrada, como reaccionario; como la antítesis del “internacionalismo”, considerado como la forma más avanzada de las posturas revolucionarias.² Desde esta perspectiva, la idea de “patria”, por ejemplo, se vio como un instrumento de dominación ideológica, y el “patriotismo” como la manipulación que las clases dominantes ejercen sobre las masas para consolidar su dominio, para enfrentar entre si a los pobres, para enviarlos a morir en las guerras, matando a otros pobres de los países

enfrentados para defender los intereses de los capitalistas que los oprimen.

Claro que, como muchos argüirán, éstas pueden ser consideradas como posturas extremas, casi como caricaturas; porque, en realidad, ya desde hace muchos años se ha considerado que en Latinoamérica hay elementos positivos en las naciones para buscar la transformación de nuestros países. No pocas luchas contra las dictaduras de la segunda mitad del siglo XX por la vigencia de la democracia se han levantado sobre “frentes patrióticos” muy amplios, en lo que la idea de rescatar la nación era central.³ El pensamiento de José Martí y lo que podemos denominar como “nacionalismo cubano” ha sido un puntal básico de la resistencia de ese país y un elemento indispensable de su revolución. Pero la verdad es que, sin haber realizado una crítica a fondo de los conceptos, queda siempre una sospecha, una nube negra sobre el papel del estado, el nacionalismo y sus símbolos.

En los últimos años, luego de los grandes cambios de Europa Oriental, frente a un escenario internacional de predominio unipolar y de consolidación de una tendencia imperial en Estados Unidos, frente a una forma de civilización y de manejo del poder mundial que se ha denominado en términos generales “globalización”, han surgido numerosos movimientos de resistencia de muy diversa índole. Buena parte de ellos se han aglutinado alrededor de lo que puede verse como intereses tradicionales clasistas. Los trabajadores organizados han enfrentado con fuerza las políticas de ajuste neoliberal. Otros se agrupan por identidades étnicas,

regionales o de género, que están en ascenso en el mundo. La defensa del medio ambiente ha sido también una poderosa motivación. Pero uno de los elementos más fuertes en esa resistencia ha sido una suerte de repotenciación del nacionalismo, que utiliza los símbolos de los estados, de las naciones para enfrentar el poder neoimperial.

Banderas, escudos, himnos, íconos, canciones y otros símbolos nacionales se han reactivado, aún en manos de sectores radicales. Tal parece que aquellos signos externos de los estados forjados por las clases dominantes son ahora, para muchos, fuertes instrumentos de la unidad de los pueblos contra la amenaza de un poder global incensurable. Aún más, los héroes de la Independencia, fundadores de los países, con el Libertador Simón Bolívar a la cabeza, son referentes de la lucha y ciertamente pesan ahora mucho más que los teóricos de izquierda. Estamos en una aparente contradicción, ya que los símbolos y valores acuñados por los estados, instancias de dominación, se han transformado en exponentes de la reacción popular frente a la dominación global.

Para la defensa de los recursos naturales, convoca mucho más la bandera nacional, que las de los sindicatos, gremios o partidos políticos. En la reivindicación de la soberanía de los países frente a actos de intervención, de amenaza o de ocupación territorial, la idea de soberanía nacional ha vuelto a ser utilizada, aún por quienes no hace mucho consideraban el derrocamiento del poder estatal como el objetivo más alto de la lucha social. Se habla de alianzas amplias de clase. El

lenguaje de la independencia y las frases de Bolívar y los patriotas pesan ahora más que las citas de Althusser y Pulantzas, incluso más que las del propio Carlos Marx.

Vivimos un gran cambio. Los valores colectivos están mutando. Claro que no se ha suspendido la lucha de clases, ni se ha detenido la explotación, ni han dejado de pesar las grandes diferencias que existen – y en estas últimas décadas se han agudizado – dentro de nuestros países. Pero es evidente que debemos mirar con atención el papel que los estados nacionales están cumpliendo en el mundo, sobre todo en el que antes llamábamos “tercer mundo”.

Los Estados-nación

En el mundo actual, los estados están sufriendo profundas transformaciones.⁴ Varios de sus atributos de soberanía se han transferido a la comunidad internacional o a los entes de integración. Esto ha hecho pensar a algunos que la era de los estados nacionales ha pasado y que van a desaparecer. La verdad es que los estados-nación están cambiando de manera irreversible, pero no están desapareciendo.⁵ Aún más, los nuevos procesos de integración y la compleja estructura social presente, demandan una consolidación de esos estados bajo nuevas condiciones. No sabemos con certeza que sucederá en cien o doscientos años, pero no cabe duda que en los próximos veinte o cincuenta, los Estados nacionales, reacomodados a las nuevas realidades mundiales, seguirán en pie. Aunque es falso que los Estados nacionales

vayan a desaparecer en medio de una unificación planetaria, es cierto que en los años futuros ya no serán lo que fueron o lo que quisimos que fueran. La dimensión internacional cumplirá un papel mucho más protagónico que hasta ahora. Y una de las diferencias más notables es la creciente conciencia de que más allá de los límites nacionales y regionales se va consolidando la identidad con todos los hombres y mujeres del mundo, especialmente con los de los países pobres de la tierra.

En la discusión académica se han dado muchas definiciones y conceptos de nación. En general se suele definirla como una comunidad históricamente desarrollada de tradiciones, cultura, lengua y objetivos comunes. Esa comunidad tiende también a ser vista como unidad geográfica, es decir ubicada en un territorio. A estos elementos humanos, psicológicos, culturales y territoriales debe añadirse el económico. Junto con los mencionados, un elemento fundamental que se destaca en la nación es la autoconciencia de un conglomerado humano. Uno de los notables especialistas en el tema define a una nación como una “comunidad imaginada”, destacando el hecho de la identidad colectiva.⁶

Al estudiar los Estados-nación se plantea necesariamente la relación entre los dos elementos. Una visión tradicional sostiene que las naciones se gestan en las sociedades y que luego se constituyen jurídicamente como Estados. De acuerdo con esta postura, las comunidades nacionales se forman en largos períodos y solo cuando han madurado se organizan como entes políticos formales, es decir como

Estados. En algunos casos se habla de la “nación eterna” o milenaria que en un momento de su vida pasa a formar un estado como una formalidad necesaria. No se discute que las naciones anteceden a los Estados. Pero la verdad es que las naciones no son permanentes sino hechuras históricas en las que los Estados tienen un papel crucial. Solo desde que surgen las comunidades políticas modernas que llamamos Estados, se constituyen las modernas naciones. No hay naciones sin una base estatal concreta y sin un esfuerzo consciente por crearlas y desarrollarlas, que se da desde el poder estatal y quienes lo controlan. La presencia de los Estados va consolidando las naciones.⁷ Esto quiere decir que el desarrollo histórico de las naciones en el mundo moderno está sujeto al de los Estados, y que se da en medio de procesos complejos en los que la acción del poder constituido es importante, al mismo tiempo que la presencia de los pueblos. Por ello no podemos hablar de los dos elementos separados, sino de Estados-nación o Estados nacionales.

Sin ánimo de entrar en un debate, que puede ser muy rico y complejo, enfatizaremos aquí que se entiende al estado como un conjunto de personas sujetas a una autoridad soberana dentro de un territorio. Los elementos fundamentales de los Estados son pues, el conjunto de ciudadanos y ciudadanas, es decir el “pueblo”, y la autoridad.⁸ Los Estados tienen soberanía, es decir independencia para mantener control sobre el territorio y organizar la sociedad. En su funcionamiento conservan un monopolio de la fuerza pública (ejército y policía). Al mismo tiempo controlan a la comuni-

dad nacional mediante la emisión de leyes y otras normas. También mantienen los sistemas educativos y otros servicios; promueven y controlan las comunicaciones y la cultura, para lo cual imponen como oficiales los idiomas de las elites dominantes. Los Estados dirigen las sociedades, organizan la autoridad mediante la represión y el consenso, reproduciendo y consolidando el poder social, es decir expresando la dirección política de los grupos de poder socioeconómico.

En América Latina la historia de los Estados nacionales tiene ya cerca de dos siglos. Aunque se ha repetido que nuestros Estados-nación son jóvenes, la verdad es que son viejos. Se formaron más o menos al mismo tiempo que los europeos y tienen una historia larga. La mayoría se fundaron antes que Italia y Alemania, para mencionar dos ejemplos muy conocidos. Su trayectoria se inició en el siglo XIX, que fue el del auge de los nacionalismos y las naciones.⁹ Entre el siglo XIX y el siglo XX, los Estados surgidos en América Latina cambiaron significativamente. Se volvieron mucho más complejos, sus estructuras burocráticas se multiplicaron, los mecanismos de opinión pública crecieron; todo ello en el marco de un escenario mundial dominado por una nueva fase de desarrollo del capitalismo.

La historia de los Estados-nación latinoamericanos ha estado dominada por diversos niveles de contradicciones dialécticas entre autoridad y pueblo, opresores y oprimidos, intentos de unidad, centralización, homogenización y resistencia por mantener la diversidad. El surgimiento y desar-

rollo de los Estados modernos fue un gran avance histórico, pero este avance se dio en medio de conflictos de clases. La autoridad de los Estados era ejercida por minorías social y económicamente poderosas que trataron de homogenizar a la sociedad imponiendo una cultura oficial. Se dieron grandes esfuerzos por divulgar los valores dominantes como “universales”, por eliminar las especificidades culturales.¹⁰ Pero esos esfuerzos tuvieron límites.

Como hemos advertido, si bien es posible hacer una distinción académica para estudiar la nación y sus atributos, frente al estado y los suyos, en realidad se trata de dos aspectos o dimensiones de la misma realidad que no se dan separados. Lo que existe en el mundo actual son Estados-nación y no las dos realidades por su lado. Desde luego que hay Estados que abarcan dos o más naciones. También hay comunidades nacionales que buscan independizarse, adquirir soberanía y formar su propio estado nacional. Pero estas realidades justamente ratifican la constatación básica de que no se puede pensar sino en Estados-nación.

Pero si no se puede pensar en las naciones separadas de los Estados, eso no significa que las comunidades nacionales sean hechuras artificiosas o burocráticas, creadas sin la acción de los pueblos. Al contrario, precisamente porque son comunidades, su base social es real. Las naciones más sólidas son aquellas en donde la participación de los pueblos ha sido más activa y profunda. El estado no saca de la nada los contenidos del imaginario nacional. Los encuentra muchas veces en las gentes, en su propia base popular. En su in-

tento por imponer la visión nacional de las clases dominantes se han encontrado con rasgos de las culturas populares y los han incorporado a la cultura oficial. En muchos casos, leyendas populares, tradiciones regionales, prácticas locales se han convertido en ejes de las naciones modernas. Los Estados-nación más sólidos, con más raíces, son aquellos en que la acción estatal ha logrado recoger rasgos profundos de las culturas populares y los ha transformado en elementos de la comunidad nacional.¹¹ Ese es el caso de los idiomas regionales que por acción del estado han pasado a ser idiomas nacionales.¹²

Aunque importante, el idioma, no es el único elemento nacional. Hay naciones con diversas lenguas y varias naciones que tienen una lengua común. El fenómeno nacional es complejo y en cada caso se constituye por la articulación de elementos de diverso peso y presencia histórica. Lo que si parece común a todas las naciones modernas es que son conglomerados políticos y culturales con una “comunidad de destino”, es decir una conciencia de que, más allá de sus diversidades y conflictos internos, participan de un gran objetivo nacional común. Este objetivo no solamente afirma un “nosotros”. También enfrenta al “otro” o a los “otros” como enemigos o inferiores, como distintos y excluidos.

Los Estados nacionales y su papel subversivo

De la problemática brevemente planteada en los párrafos anteriores, se desprende una constatación que, no por ser

ya vieja, debe dejar de establecerse: Los Estados nacionales son una realidad ambivalente y contradictoria. Por una parte son instancias de dominación y control del poder de clase en las sociedades. Por otra, son comunidades culturales y políticas con una identidad en que se expresan los pueblos. Por ello, al mismo tiempo que cumplen papeles represivos y de consolidación de las diferencias sociales y económicas, sus símbolos son utilizados por la ciudadanía para enfrentar el poder, reivindicar la democracia y reclamar el control de sus recursos frente al capital transnacional. La formación de las “comunidades nacionales”, con todos sus límites y debilidades, ha sido exitosa en nuestro subcontinente, puesto que se han gestado fuertes identidades pese a los abismos entre ricos y pobres, que han crecido en los últimos años. Aún más, las grandes mayorías populares, desde la exclusión y la pobreza, han reivindicado para sí la representación nacional, arrinconando a los grandes capitalistas locales, a los representantes criollos de los países capitalistas avanzados y a los de las multinacionales, como enemigos de la patria, como antinacionales. De este modo los Estados nación, que surgieron como expresión del poder oligárquico en el siglo XIX, sin perder su naturaleza básica, se han transformado en elementos subversivos frente a la globalización dominada por el poder imperial unipolar.

Estamos atestiguando un fenómeno similar al papel ambivalente del cristianismo en la historia y la realidad presente de América Latina. Originalmente fue difundido por los misioneros, a veces con la represión, como instrumento ideo-

lógico para consolidar la conquista y la colonización. Con el tiempo, los pueblos latinoamericanos, incluidos los indígenas, los trabajadores, los pobres y los negros, principales víctimas del poder colonial, asimilaron el cristianismo y lo convirtieron en elemento central de su identidad. De este modo, sin dejar de cumplir un rol en la vigencia de la dominación, se transformó al mismo tiempo en vehículo ideológico y a veces organizativo de la lucha por la liberación.¹³ El que los detentadores del poder hayan visto a los cristianos comprometidos como más peligrosos que los comunistas es una prueba de ello.

Todo esto, desde luego, no es una casualidad. Hay un gran cambio que se produce en América Latina y el mundo. En todos los ámbitos de la tecnología y especialmente en el campo de las comunicaciones, la transformación ha sido rápida y profunda, hasta convertir al planeta en una “Aldea Global”. También la economía mundial y la de los países en particular han cambiado bajo la influencia del neoliberalismo. La internacionalización del capital se ha acelerado y las barreras puestas al intercambio comercial han ido cayendo.

Este crecimiento económico y la intensificación del intercambio internacional se han dado con una polarización entre minorías cada vez más pequeñas que acumulan grandes riquezas y una creciente mayoría que se empobrece.¹⁴ Dentro de los países ha crecido la distancia entre quienes han acumulado la riqueza y los que viven bajo los niveles de pobreza e incluso de miseria. Lo mismo sucede en el ámbito internacional. El empobrecimiento creciente de grandes blo-

ques de la humanidad, la profundización de la brecha entre pobres y ricos, el irracional abuso de los recursos planetarios, en especial de las fuentes de energía. Esto ha despertado movimientos sociales, antiguos y nuevos, en todo el mundo. Estos movimientos reclaman un modelo alternativo al neoliberalismo, la vigencia de un nuevo orden económico internacional, el no pago de la deuda externa del tercer mundo, la protección del medio ambiente, etc.¹⁵

A esta realidad de intensificación de las relaciones planetarias y de reacomodo mundial se la ha denominado “globalización”. No vamos a intentar definir aquí este complejo y elusivo término, pero podemos destacar dos de sus características. Primera, vivimos en un mundo globalizado y no es posible a las sociedades, a los países, optar por aceptarlo o no participar de él. No hay elección. A estas alturas de la historia mundial, las condiciones de globalización afectan a todos los pueblos como un hecho dado. Segunda, es también necesario entender que los pueblos pueden asumir la globalización de diversas maneras, de modo que puedan aprovechar sus elementos positivos y reducir el impacto de sus consecuencias negativas.

Por lo dicho, lo más grave que puede sucedernos como país, como región, es no aceptar que vivimos un cambio radical del mundo, que demanda una nueva visión de la realidad y una actitud francamente distinta hacia el futuro. Lo que viene nos es desconocido y resulta muy riesgoso intentar predecirlo, pero podemos descubrir algunas tendencias que serán las de las décadas por venir. Uno de los rasgos que

se perciben es que frente a este proceso mundial de globalización orquestada desde los intereses de los grandes poderes del capitalismo, surge también una tendencia a la unidad de los pueblos y de los pobres que avanza aceleradamente, con una fuerza que también rompe las convencionales barreras de los países. Con ello se cumple el viejo principio de que la revolución no se da en un solo país, sino que es un esfuerzo colectivo.

Globalización e integración

Por lo que puede preverse, en el futuro las barreras al comercio seguirán siendo levantadas y las posibilidades de oferta de bienes y servicios se ampliarán.¹⁶ No cabe duda de que habrá ventajas para amplios grupos de consumidores en este mercado en expansión. El ritmo mundial de desarrollo científico y tecnológico va a continuar. Las comunicaciones van a intensificarse. El Internet será cada vez más usado. Y la educación a distancia va a crecer. Muchos de los adelantos del conocimiento y de la técnica van a beneficiar a grandes sectores de la población, en campos como la medicina. Pero, aparte de que los costos de la tecnología están ahora y parece que lo estarán en el futuro, sobre las posibilidades económicas de muchos, el peligro que todo ello trae a nuestras sociedades, a la cultura, no debe despreciarse. Si no se cambia el modelo económico, las desigualdades e injusticias aumentarán, con consecuencias conflictivas. La liberalización del tránsito de bienes no está acompañada con la de

personas. Hay cada vez más restricciones para la migración desde los países pobres a los ricos, pero el flujo continúa a pesar de los riesgos.

En este ambiente de transformaciones, ha cambiando también el sujeto social de la unidad popular y el cambio. De una perspectiva que enfatiza el enfrentamiento clasista o las afirmaciones étnicas, se pasa a una postura que privilegia la identificación con lo nacional. De este modo, la nación viene a ser el eje convocante de la unidad de los ciudadanos frente a sus enemigos comunes. Se forjan así grandes alianzas que agrupan a tradicionales sectores populares, pero también a grupos medios y empresarios golpeados por el neoliberalismo y la monopolización de la economía. En las recientes décadas de América Latina se han levantado propuestas que han convocado a todos esos actores sociales y han logrado triunfos o caudalosas votaciones. Quizá por primera vez, a nivel continental, la izquierda sintoniza con la mayoría, reivindica la nación y convoca a toda la sociedad.¹⁷

Junto al ascenso de las reivindicaciones nacionales, ha crecido también en América Latina la tendencia a la integración de los países, aunque los procesos concretos se han topado con grandes dificultades que los han puesto al borde del fracaso. Los procesos de integración, así como la globalización, afectan muy profundamente a los países, pero no suprimen a los Estados. Demandan que éstos se estabilicen y se consoliden como condición para el éxito de la unidad.¹⁸ En América Latina, la idea de integración no es nueva. La independencia de nuestros países, durante las primeras dé-

cadadas del siglo XIX, no se dio en forma aislada. Solo pudo lograrse mediante un gran esfuerzo de integración militar, política y económica. El Libertador Simón Bolívar, máxima figura de ese proceso, no solo lo condujo exitosamente, sino que lo visualizó como un antecedente necesario para la vida de las nuevas naciones.

En 1969 se estableció el Pacto Andino, que luego se denominó “Comunidad Andina” (CAN). Su trayectoria ha sido muy importante a nivel continental. La experiencia ha permitido ver a la Comunidad Andina como un paso para la integración sudamericana.¹⁹ Mediante su confluencia con el MERCOSUR, se logrará la creación de la “Unión Sudamericana”, que potencie su capacidad de negociación con otros bloques del mundo. Vista de esta manera, la integración no es solo un esfuerzo por eliminar barreras fiscales e intensificar el comercio, o un mecanismo para potenciar la producción con un mercado ampliado. Es también un vehículo de articulación de nuestros países para presentarse juntos dentro del panorama mundial de la globalización.

Papel de los símbolos

Hemos visto en este texto como los símbolos del estado nacional se transforman también, sobre todo en la historia reciente, en símbolos de la resistencia popular frente al predominio mundial unipolar. Esos símbolos (generalmente la bandera, el escudo y el himno) se fueron incorporando en nuestros países en las primeras décadas de la vida indepen-

diente, cuando nuestros Estados nacionales avanzaron en medio de un conflictivo proceso, fundamentalmente por la acción de sus estructuras de dirección política y por la creciente aceptación de los ciudadanos de ser parte de una comunidad. Las clases dominantes fueron imponiendo su visión nacional, pero también los sentimientos populares se fueron incorporando a ella, a lo largo de un proceso dialéctico. Los Estados-nación expresaron en su historia los enfrentamientos de los sectores dominantes con el pueblo, de la dominación étnica sobre los indígenas y negros, del centralismo frente a las regiones. Pero no solo se hicieron “desde arriba”, ni tampoco es fruto de una suerte de mesianismo “nacional popular”. En todo caso, no son algo inmutable, ya hecho, sino una cambiante realidad que está en construcción y que necesita de voluntad expresa para consolidarse y avanzar al futuro.

Los símbolos convencionales como la bandera, el escudo y el himno son muy importantes en la formulación de los imaginarios nacionales, pero hay también otros que se forjan en el desarrollo de la cultura, la educación, la milicia, la vida cotidiana de los pueblos. Las grandes figuras, los héroes y los padres fundadores son símbolos nacionales importantes en todos los países. Ya hemos mencionado que el máximo héroe andino y quizá sudamericano es el Libertador Simón Bolívar, cuyo pensamiento es uno de los ejes de nuestra identidad.²⁰ Junto a él se han consagrado varias decenas de líderes militares e intelectuales. En los últimos años se ha reconocido el papel de las mujeres. Otro elemento genera-

dor de símbolos nacionales es la geografía. Los grandes volcanes, los ríos, la flora y la fauna identifican a las naciones. También los productos culturales se transforman con frecuencia en símbolos de los países. Hay un símbolo nacional que en muchos casos se constituyó en un referente de los países: la moneda.

Además de los símbolos que podríamos establecer como oficiales, hay otros que los pueblos asumen como expresión de su vida, de su identidad y de sus luchas. Ese ha sido el caso, por ejemplo, del maíz y la papa, productos agrícolas que se desarrollaron en el espacio andino y que siguen siendo base de nuestra alimentación. Los movimientos indígenas los asumieron como símbolos de la lucha contra la suscripción de tratados de libre comercio con Estados Unidos y los llevaron como expresión del trabajo, de la producción y la unidad. Por otra parte, la inclinación de las masas por el espectáculo deportivo, ha ido haciendo que las figuras de los deportistas sean también referentes de identidad.

Las naciones no son producto de la acción espontánea de los pueblos, pero los habitantes comunes y corrientes se reconocen en los elementos integradores de las naciones-estado, como su historia, su cultura, sus símbolos, y así se apropian de la idea y la identidad de las naciones. Así se identifican con los Estados nacionales y los consideran su patria.²¹ Este término tiene muchos significados. El más común hace referencia a la tierra de los padres, de los mayores. La patria, en este sentido, es la tierra que nos alimenta y guarda los restos de nuestros antepasados. Nuestros pueblos

originarios la consideran la “Pacha Mama”, una visión hermosa que todos podemos compartir. La patria es esa nación-estado que, como comunidad, nos incorpora como sus integrantes. Es también el conglomerado de sus habitantes, que son conscientes de su pertenencia no solo por parentesco, sino por participar de una ciudadanía en común. La patria es, en fin, el patrimonio material, las tradiciones, la lengua, la historia colectiva, los recursos naturales.

No se puede aquí hacer una discusión, aunque fuera muy corta, sobre las diversas acepciones de patria. Pero hay una cuestión elemental, casi de perogrullo, que no puede dejar de mencionarse. Y es que la patria es la gente. Muchos defienden la patria pensando en la cultura, el territorio, los recursos naturales, pero, en verdad, es ante todo la propia gente.

Por años, en ciertos grupos intelectuales latinoamericanos, el patriotismo era considerado como una deformación. Se pensaba que era alentado por los mensajes patriotericos y hasta ridículos de “amor al país” que se promovían en los medios castrenses y educativos. En muchos casos se identificaba en la participación en las Fuerzas Armadas o en la represión. Pero en los últimos tiempos hay un renacimiento del sentido patriótico. Dice Arturo Roig:

Debemos confesar que durante muchos años hemos evitado las invocaciones a la Patria y a sus símbolos, por el temor de caer en patriotismo cursi o presuntuoso, o simplemente por no incurrir en el nacionalismo de sectores reaccionarios, olvidándonos que la patria tiene otros valores semánticos y que, también por eso mismo, es palabra de libertad y dignidad.²²

El patriotismo y el nacionalismo no son posturas reaccionarias, por más que hayan sido manipuladas por la derecha por muchos años. La verdad es que si queremos enfrentar el futuro con optimismo, debemos renovar nuestros sentimientos patrióticos y tratar de conocer mejor nuestra identidad. Hay que reconciliar definitivamente la tendencia progresista y el patriotismo.

Junto a la resistencia al poder imperial y al proyecto de revolución como cambio radical, se debe también desarrollar en nuestros países la democracia. Para ello hay fundamentos. En medio de la inestabilidad social y política, se puede percibir una recurrente búsqueda de la democracia. Nuestra historia está llena de luchas por la vigencia de la justicia y de actos verdaderamente democráticos. Ciertamente es que se han dado el electoralismo y el populismo; también es verdad que varios cambios políticos han respondido a los intereses de los poderosos; pero otros se han producido gracias a la lucha por la vigencia de los derechos de las mayorías y por la voluntad de mantener la soberanía de los países.

Democracia es una palabra que usamos con frecuencia y con diversas connotaciones. Aunque su significado es “gobierno del pueblo”, su contenido es muy amplio, puesto que se refiere no a un modelo único de sociedad, sino a varios, que se han dado y pueden darse en la realidad mundial. A riesgo de caer en generalizaciones, podemos establecer que la democracia supone al menos la vigencia de un régimen de derecho con igualdad, garantías y seguridad para los ciudadanos y ciudadanas, elección de sus autoridades, obli-

gación de éstas de rendir cuentas, acceso equitativo a los bienes y las riquezas, protección del trabajo y la iniciativa, compromiso de conservación del medio ambiente como garantía hacia el futuro. Democracia no es solamente la vigencia de una constitución y un orden legal, o la realización de elecciones. Implica, no solo un régimen jurídico, sino respeto efectivo a los derechos de las personas y un gobierno que en la práctica exprese a la mayoría, con un elemento participativo básico. Por otra parte, la democracia no solo supone los derechos políticos, sino también equidad y justicia social. En un pueblo en donde crecen la explotación, la miseria y las grandes inequidades socioeconómicas no hay condiciones para la democracia.

En todas partes, la consolidación de la democracia supone el desarrollo vigoroso de la ciudadanía.²³ Un país democrático en marcha es un país en el que sus ciudadanos y ciudadanas ejercen plenamente sus derechos y obligaciones. Pero, también en este caso, la ciudadanía exige no solo la existencia formal, sino la vigencia efectiva de garantías. Y eso implica sobre todo cambio de actitudes. Es preciso ir desarrollando una cultura política democrática, con un ejercicio de la tolerancia, del respeto a las ideas ajenas, y que demanda un gran esfuerzo colectivo por promover y mantener la participación como eje de la vida social. Eso significa que debemos promover un gran cambio de las propuestas y las prácticas de los sectores progresistas. Esa renovación, sin embargo, “debe darse en estrecha relación con la lucha social, con el trabajo militante para el robustecimiento de las orga-

nizaciones populares.”²⁴ Pero esa participación no se restringe a las fronteras de los países. También debe identificarnos como parte de América Andina, de Latinoamérica y de la comunidad universal, que debe ser reconstruida a base de una mundialización que parta de la ciudadanía.²⁵

Si en América Latina hay una tendencia que va de la reivindicación de los valores nacionales frente al poder imperial, a la gestación de una auténtica comunidad mundial de pueblos, eso implica una postura revolucionaria que, si bien invoca los valores de los Estados nacionales y de la integración, al mismo tiempo se compromete a la lucha por un cambio radical del poder del estado dentro de los países y por la implantación de un nuevo orden internacional que está en las antípodas de la globalización dominada por una potencia unipolar.

Notas

1. Estas son las notas para una presentación en la Conferencia Internacional Desarrollo e Interculturalidad: Diferencias e Imaginarios de la Nación en el Mundo Andino. Agradezco a Pablo Antonio Ayala Román y a Ana María Canelos por su apoyo en la redacción.
2. Cfr. L. Onikov y N. Shishlin, compiladores, *Breve Diccionario Político*, Moscú, Editorial Progreso, 1983, p. 295.
3. La bibliografía sobre este tema es muy amplia y permite un gran debate. (Puede citarse como ejemplo: Varios autores, *El Salvador en la hora de la Revolución Latinoamericana*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1980; David Nolan, *La ideología sandinista y la Revolución Nicaragüense*, Barcelona, Ediciones 29, 1986.)
4. En este acápite el autor ha insertado varias reflexiones que ya ha presentado en: Enrique Ayala Mora, *Ecuador, Patria de todos*, Qui-

- to, Universidad Andina Simón Bolívar-Corporación Editora Nacional, 2004. También ha expresado esas ideas en la introducción al volumen VII de la *Historia General de América Latina*, que publica la UNESCO, Madrid, Editorial Trotta, 2007.
5. Alain Touraine, *¿Podremos vivir juntos? Iguales y diferentes*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997, p. 232.
 6. Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas, reflexiones sobre el origen de la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
 7. Tomás Pérez Vejo, *Nación, identidad nacional y otros mitos nacionalistas*, Oviedo, Ediciones Nobel, 1999, p. 129.
 8. Un conocido diccionario jurídico define al estado como “un pueblo y un territorio regidos por un poder supremo” (Guillermo Cabanellas, *Diccionario Enciclopédico de Derecho Usual*, Buenos Aires, Edit. Heliasta, 1997).
 9. Cfr. Eric Hobsbawm, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Editorial Crítica, Grijalbo-Mondadori, Barcelona, 1991.
 10. Josep Fontana, *La historia después del fin de la historia*, Barcelona, Crítica, 1992, p. 109.
 11. No se desarrollará aquí un concepto de “cultura popular”. El tema es complejo y admite varias aproximaciones, como lo demuestra Guerrero en su libro reciente. Aquí se usa el término en su acepción más comúnmente usada (cfr. Patricio Guerrero Arias, *La cultura, estrategias conceptuales para comprender la identidad, la diversidad, la alteridad y la diferencia*, Quito, Abya Yala, 2002, p. 66).
 12. Un ejemplo es como la lengua toscana se consolidó como idioma italiano entre las diversas lenguas que se hablaban y aún se hablan en Italia. Es muy decidora la frase “un idioma es un dialecto con un ejército detrás” (Pérez Vejo, *Nación, identidad nacional y otros mitos nacionalistas*, p. 48).
 13. Cfr. Antonio José Echeverri, *Teología de la liberación en Colombia*, Cali, Universidad del Valle, 2005, p. 169.
 14. Oscar Ugarteche, “Globalización y crisis en debate”, en Alberto Acosta, compilador, *El desarrollo en la globalización, el reto de América Latina*, Caracas, Nueva Sociedad, 2000, p. 29.

15. En los últimos tiempos se han desarrollado formas de resistencia y de protesta popular y ciudadano originales, que usan los recursos comunicacionales de punta (cfr. Oswaldo León, Sally Bursch, Eduardo Tamayo, *Movimientos sociales en la red*, Quito, ALAI, 2001).
16. Cfr. Wilma Salgado Tamayo, ed., *El sistema mundial de comercio, el Ecuador frente al GATT y la OMC*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar-Corporación Editora Nacional, 1996.
17. Esto no quiere decir que movimientos nacionales o locales no lo hayan hecho en el pasado, como en efecto ha sucedido. Hay numerosos casos en nuestra historia que lo prueban.
18. Luxemburgo, el más pequeño estado de la Unión Europea, no ha desaparecido por la integración. Como otros miembros de la Unión, ha cedido competencias económicas y políticas a los organismos comunitarios, pero continúa su existencia y no parece que va a desaparecer.
19. Germánico Salgado, *El Grupo Andino de hoy, eslabón hacia la integración de Sudamérica*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar-Corporación Editora Nacional, 1998.
20. Simón Bolívar, *Escritos fundamentales*, Caracas, Monteávila Editores, 1983.
21. “Patria: Tierra natal o adoptiva ordenada como nación, a la que se siente ligado el ser humano por vínculos jurídicos, históricos y afectivos” (Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española*, Vigésimo segunda edición, 2001, p. 1.155).
22. Arturo Andrés Roig, “Necesidad de una segunda independencia”, s/f, p. 2.
23. José Sánchez-Parga, *Lo público y la ciudadanía en la construcción de la democracia*, Quito, ILDIS, 1994, p. 43.
24. Gustavo Ayala Cruz, Flor Chancay, compiladores, *Temas urgentes para la izquierda latinoamericana*, Quito, Ediciones La Tierra, 2005, p. 8.
25. Wim Dierckxsens, *Los límites de un capitalismo sin ciudadanía*, San José, Colección Universitaria, 1998, p. 182-6.